

## § 8.—PEDRO MENÉNDEZ DE AVILÉS.

**C**OLIGNY, que no había olvidado sus proyectos de colonización, llamó de Inglaterra en el primer momento oportuno á Jean Ribaut á fin de confiarle una tercera expedición; acudió al llamado Ribaut y el 22 de mayo de 1565<sup>1</sup> zarpaba de Dieppe con siete navíos en que venían 700 hombres y 200 mujeres al decir de Francisco López de Mendoza Grajales, capellán de Menéndez de Avilés;<sup>2</sup> éste escribe que acompañaron á Ribaut «mill franceses,<sup>3</sup> y Nicolás le Challeux, que formó parte de la expedición, limitase á indicar que el rey «había resuelto enviar un buen número de hombres con muchos navíos.»<sup>4</sup> Si es difícil fijar exactamente el número de personas que trajo Ribaut, consta en cambio de manera cierta que vinieron «muchos caballeros»<sup>5</sup> y «mucha gente principal,<sup>6</sup> «gentiles hombres. . . . de muy buenas personas y autoridades.»<sup>7</sup> De Jean Ribaut nos dice su mismo matador: «mas hiziera el rey de Francia con él con cincuenta mil ducados, que con otros con quinientos mil; y mas hiziera él con un año, que otro en diez; porque era el mas práctico marinero y cosario que se sabia, y muy diestro en esta navegacion de Indias y costa de la Florida.»<sup>8</sup>

A causa de los vientos contrarios, hasta el 14 de agosto pu-

<sup>1</sup> Le Challeux, op. cit., pág. 254.

<sup>2</sup> Colec. Docs. de Indias, tom. III, pág. 452.

<sup>3</sup> En Ruidiaz y Caravia, op. cit., tom. II, pág. 103.

<sup>4</sup> Op. cit., pág. 249.

<sup>5</sup> Menéndez de Avilés, op. cit., pág. 86.

<sup>6</sup> Ibidem, pág. 162.

<sup>7</sup> Gonzalo Solís de Merás. Memorial que hizo (éste) de todas las jornadas y sucesos del Adelantado Pedro Menéndez de Avilés, su cuñado, y de la Conquista de la Florida y Justicia que hizo en Juan Ribao y otros franceses. En Ruidiaz y Caravia, op. cit., tom. I, pág. 122.

<sup>8</sup> Menéndez de Avilés, op. cit., pág. 103.

do arribar Ribaut á la Florida, muy al sur del río de Mayo; á éste entró trece días después.<sup>1</sup>

Había recibido Ribaut como principales instrucciones la de no entrar á ningún territorio ó isla que no pertenecieran á la Florida, cualesquiera que fuesen, «singularmente á ninguno que estuviera bajo el señorío del rey de España,<sup>2</sup> y la de deponeer á Laudonnière, á quien se había acusado de que trataba despóticamente á sus soldados y mantenía cerca de sí á una mujer de mala nota. El rígido capitán se sinceró plenamente de ambas acusaciones manifestando, en cuanto á la primera, que él se había limitado á no permitir cosa alguna contraria al deber de su cargo y al servicio del rey; y respecto de la segunda, que la mujer en cuestión «era una pobre doncella (escribe él mismo), que yo había contratado en una hostería para tener cuidado de mi casa, para gobernar una infinidad de diversos animales, como las ovejas y las gallinas que yo hacía transportar para poblar la tierra; que no hubiera sido cosa razonable mandar hacer esta tarea á un hombre: que considerando además lo largo del tiempo que yo tenía que permanecer allí, me pareció que no sería ofender á nadie si tomaba una mujer, tanto para subvenir á las enfermedades de mis soldados como á las mías, en las que después yo caía.»<sup>3</sup> La acusación y la defensa revelan bien el alto nivel moral de aquellos jefes franceses: cuán bajo por el contrario estuvo siempre el de los españoles.

No obstante que Ribaut se apresuró á reconocer la inocencia de Laudonnière, y aun le ofreció compartir el mando con él, éste, hondamente lastimado, no aceptó, resuelto á regresar á Francia; tanto le afectó la injusta acusación, que «encontrándome extenuado (dice) por el trabajo precedente, apesadumbrado con los falsos informes que se habían dado de mí, caí en una violenta calentura continua, la cual me duró ocho ó nueve días.»<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Le Challeux, op. cit., pág. 258.

<sup>2</sup> Ibidem, pág. 250.

<sup>3</sup> Op. cit., págs. 185-86.

<sup>4</sup> Ibidem, pág. 188.

Entretanto, Ribaut descargaba los navíos é instalaba á su gente. Los naturales de los pueblos próximos no habían cesado de venir á saludarle trayendo muchos presentes.<sup>1</sup>

Fué entonces cuando apareció en el horizonte á lunes 3 de septiembre la flota española que enviaba Felipe II á las órdenes de Pedro Menéndez de Avilés, con instrucción de quemar y ahorcar á los herejes luteranos que hallase en la Florida.<sup>2</sup> Indica el mismo monarca que quien le informó respecto de las naves francesas venidas acá, fué don Francés de Alba.<sup>3</sup>

Había salido de Cádiz esa flota el 29 de junio; componíase de 10 navíos en que venían 995 personas.<sup>4</sup> Todavía quedaba en Asturias el teniente Esteban de las Alas con otros 600 hombres que igualmente formaban parte de la expedición.<sup>5</sup> Toda esta gente, como cuanta pasaba entonces de España á América, salvo raras excepciones, era una mezcla de individuos holgazanes que «no sabían arar ni labrar,»<sup>6</sup> «vellacos»<sup>7</sup> «ruines»<sup>8</sup> é indisciplinados que de continuo desertaban<sup>9</sup> y se rebelaban contra sus jefes.<sup>10</sup> De los religiosos escribe Menéndez de Avilés al Rey, que aunque los procuraba en España de buena vida y ejemplo, no hallaba uno solo, «sino son algunos clerigos ordinarios que ban la jornada por codizia y no por deuocion, que apenas saben latin, y al tiempo ques menester toman las armas como cada qualquier soldado.»<sup>11</sup>

Es de notar que los mismos cronistas españoles, que pintan

1 Ibidem, pág. 187.

2 Menéndez de Avilés, op. cit., pag. 76.

3 Nuevos Autógrafos de Cristóbal Colón y Relaciones de Ultramar. Los Publica La Duquesa de Berwick y de Alba, Condesa de Siruela, Madrid. (Sucesores de Rivadeneyra). 1902. Pág. 60.

4 Solís de Merás, op. cit., pág. 61.

5 Barrientos, infra, pag. 35.

6 Solís de Merás, op. cit., pág. 180.

7 Menéndez de Avilés, op. cit., pág. 153.

8 Gonzalo de Peñalosa, en Ruidiaz y Caravia, op. cit., tom. II, pág. 475.

9 Ibidem, y Menéndez de Avilés, op. cit., págs. 135-88 y 230.

10 Solís de Merás, págs. 172, 261-64.

11 Op. cit., pág. 262.

de tan triste manera á sus compatriotas, nos presenten un cuadro enteramente distinto de los franceses.

Entró Menéndez de Avilés en Puerto Rico á 8 de agosto y siguió luego para la Florida, llevando consigo, según su propia cuenta, 800 personas,<sup>1</sup> quizá porque muchas habían ya desertado; llegó al cabo de Cañaveral el 25 de dicho mes, y el 4 del siguiente descubrió á los franceses. Cuatro días después principió á desembarcar en el puerto que llamó de San Agustín, por haberlo reconocido el 28 de agosto.<sup>2</sup>

Al punto que avistó Ribaut la flota de Menéndez de Avilés, determina embarcar en sus navíos no sólo á los soldados que había traído consigo «sino también á los más escogidos de los que guardaban anteriormente la fortaleza,»<sup>3</sup> y salir sin pérdida de tiempo á combatir á los españoles; así lo hizo dejando en la Carolina únicamente á los soldados impedidos y á los artesanos, mujeres, niños y enfermos, todos los cuales apenas llegaban á 240 personas.<sup>4</sup>

Llegó Ribaut inmediatamente frente á San Agustín; pero al estar esperando á que fuese plena mar para poder entrar en la barra, «subitamente se alteró la mar, En tal manera q Con Vn norte muy Recio y Contrario se auentó de allí El armada luterana y dio con ella sesenta leguas de allí, al cauo de Cañaberal.»<sup>5</sup> Al ver esto Menéndez de Avilés y colegir que en esta armada iban los mejores y más valientes soldados y más excelentes capitanes que tenía Ribaut, y que la gente que quedaba en el fuerte debía ser, según él mismo decía, «la mas bil y mas cobarde y de menos tomo y para menos;»<sup>6</sup> resuelve asaltar la Carolina por tierra. Escoge pues á 500 hombres,<sup>7</sup> sale el 18 de

1 Ibidem, pág. 75.

2 Ibidem, pág. 77.

3 Le Challeux, op. cit., pág. 268.

4 Ibidem, pág. 270.

5 Barrientos, infra, pág. 48.

6 Ibidem, pág. 50.

7 Tal es la cifra que da Menéndez de Avilés (op. cit., pág. 85); otro testigo, Antonio García Vasalenque, asegura que fueron 600 hombres (en Ruidiaz y Caravia, op. cit., tom. II, pág. 615).

septiembre y á marchas forzadas llega á la Carolina dos días después, ó sea víspera de San Mateo, nombre que en lo sucesivo conservó aquel lugar.<sup>1</sup>

Precisamente momentos antes, cuando principiaba á amanecer, el jefe de los centinelas franceses, compadecido de que durante toda la noche éstos habían sufrido una lluvia incesante, les mandó que se recogieran «pensando que los españoles no debían venir con un tiempo tan extraño.»<sup>2</sup>

De allí que, como todos los franceses se hallaban dormidos ó en sus camas, Menéndez pudiera acercar su gente á la fortaleza sin ser sentido de nadie sino hasta que ya estaba dentro: sin intimar entonces rendición los castellanos, «hacen (escribe Le Challeux) una horrible ejecución de la rabia y furia que habían concebido contra nuestra nación; tratábase entonces de quien degollaría mejor hombres, sanos y enfermos, mujeres y pequeños niños, de suerte que no es posible imaginar una matanza que pueda ser igualada á éstas, en crueldad y barbarie.»<sup>3</sup> Confiesa Menéndez de Avilés que los suyos degollaron á 142 personas «y entre ellos muchos cavalleros;»<sup>4</sup> agrega que 50 ó 60 franceses huyeron con Laudonnière y se acogieron á unos navíos; refiere además que se hallaron entre mujeres y niños hasta 50 personas, y concluye que era grandísima la pena que tenía . . . . no de considerar su viudedad y su horfandad, sino de verles en compañía de los inocentes y pobrecitos españoles, á quienes podían contaminar con «su mala secta.»<sup>5</sup> Bien revelaba su raza aquel hombre con tan inculta rudeza, tan inaudita crueldad y tan extremado fanatismo.

Los castellanos no perdieron á ninguno de los suyos; sólo uno quedó descalabrado.<sup>6</sup>

Los franceses que tuvieron la suerte de huir con Laudonnière,

1 Menéndez de Avilés, op. cit., pág. 86.

2 Laudonnière, op. cit., pág. 197.

3 Op. cit., págs. 270-71.

4 Op. cit., pág. 86.

5 Ibidem, pág. 87.

6 Ibidem, pág. 86.

se embarcaron en dos navíos donde se encontraba Jacques Ribaut, hijo de Jean, y juntos se hicieron á la vela el jueves 25 de septiembre; uno de los navíos arribó á la Rochela<sup>1</sup> y el otro á Inglaterra,<sup>2</sup> no sin que los fugitivos dejaran de padecer tempestades y hambre y sed.

Dijimos que Jean Ribaut, luego que hubo salido de la Carolina á combatir por la mar á Menéndez, fué presa de un huracán, que al fin dividió las naos y las estrelló contra la playa; con excepción de uno, todos los franceses, en número de 400 soldados y 200 marineros, más Jean Ribaut y los otros jefes y oficiales,<sup>3</sup> pudieron escapar á nado de morir ahogados. Empero, una vez en tierra, como nada salvaron de mantenimientos, se vieron entregados al hambre, la cual fué tanta, que tuvieron que comer «hierbas, raíces ú otras cosas tales con que pensaban calmar su ladrante estómago.»<sup>4</sup>

Menéndez de Avilés, que á la sazón había regresado á San Agustín, supo allí el naufragio de los franceses y el lugar preciso donde estaban; piensa atinadamente que la situación de los náufragos debía de ser tan lastimosa, que se querrían «rendir sin pelear.»<sup>5</sup> y alentado por esto no quiere perder ni un instante, quizá para no dar tiempo á los náufragos de que se repongan, y sale inmediatamente en su busca á 28 de septiembre; al siguiente día da con 208 franceses que efectivamente, como lo supuso, se rindieron sin hacer la menor resistencia.<sup>6</sup> Menéndez de Avilés les dijo, escribe él mismo, «que las armas me podían rendir y ponerse debaxo de mi gracia para que yo hiziese dellos aquello que Nuestro Señor me ordenase;»<sup>7</sup> la orden fué que con engaño alejara del lugar á aquellos infelices hambrientos, de diez en diez sucesivamente, les amarrase las manos y les cortara las cabezas; no obtuvie-

1 Le Challeux, op. cit., pág. 291.

2 Laudonnière, op. cit., pág. 204.

3 Menéndez de Avilés, op. cit., pág. 88.

4 Le Challeux, op. cit., pág. 293.

5 López de Mendoza Grajales, op. cit., pág. 478.

6 Solís de Merás, op. cit., págs. 115-16.

7 Op. cit., pág. 89.